

VIAJE A LA ETERNIDAD

María José Fernández Sánchez

*Todos los caminos de bondad conducen
a la iluminación y al despertar.
(Buda)*

Soy un escritor en plena crisis familiar e inspirativa de principios del siglo XXI, que acaba de dar con un antiguo manuscrito religioso, hallado en el fondo de un cajón, y lo estoy echando un vistazo para ver su contenido...

A medida que voy leyendo, compruebo que hay anotaciones bien curiosas, hasta es posible que sean de gran interés familiar; sin embargo, han estado vedadas –para mí– durante mucho tiempo por algún motivo que no alcanzo a comprender todavía. En un instante me viene el recuerdo de que los padres de mi mujer no viven y que el único pariente que quizás pudiera darme datos fidedignos sobre el manuscrito es el abuelo materno de mi esposa (precisamente, el dueño de dicho diario que ha negado que su publicación salga a la luz); pero, de momento, no es posible, porque Ana María y yo lo acabamos de llevar al hospital en un estado de salud crítico. Luego, cuando he llegado a casa, he aprovechado para organizar todo, asearme..., y, al dejar la ropa sucia, se ha caído una llave oxidada del bolsillo de la camisa que tuvo puesto el abuelo antes del ingreso en el hospital. Entonces, la curiosidad me ha llevado a entrar en su habitación para buscar la cerradura que coincide con la llave; al final, he dado con una caja de madera, donde estaba el viejo manuscrito guardado, el que, en su día, estuvo en la antigua biblioteca de la casa, a la vista de todos nosotros y que no di importancia alguna.

Una vez que he echado el vistazo general al manuscrito, el texto me está llevando a cuestionarme “hasta qué punto un escritor de Badajoz, en el 2013, y en plena recesión económica, debería vivir de espaldas a una realidad que le llegó, aunque, en principio, le fue impuesta y, más tarde, presentada de manera furtiva, sin profesar su fe”; por eso me estoy planteando investigar sobre la verdad que pudiera haber oculta en esta especie de diario de viaje, para liberarme de mi pasada obstinación; y, en el caso de que no existiese credibilidad alguna, que el texto fuera pura ficción, al menos, podría utilizar ciertos datos que he encontrado, para generar un argumento fantástico, basado en frases lapidarias que todos hemos escuchado alguna vez, pero que muy pocos entendemos, como, por ejemplo: “El camino a la felicidad se halla en la ruta a la verdad.” –Un tema que, seguro, me vendría bien investigar y, de paso, me ayudaría a desvelar ciertas cuestiones familiares: ¿Qué puedo perder? ¿Tiempo...? Tengo de sobra.

Me he sentado en la cama del abuelo dispuesto a leer detenidamente el diario que comienza hablando de *un camino que el padre Raúl recorrió* (el padre Raúl era el hermano del tatarabuelo de mi mujer y, al parecer ser, el mismo que escribió las referencias del manuscrito que tengo entre las manos; indicaciones, para mí, hasta ahora, totalmente desconocidas). En su juventud, según me contó Ana María antes de casarnos, este sacerdote había visitado, primeramente, la India y, más tarde, viajó a Japón con motivo de encontrar respuestas que pudieran generar luz y conocimiento para entender su destino y fomentar su fe... “*Ganas de complicarse la vida*” es lo que recuerdo que le dije a Ana María y, entonces, ella, me contestó un tanto ofuscada diciéndome que la fe es una virtud teologal, y que, el abuelo Andrés, no había sentido tan profundamente su llamada como la percibió, en su época, el padre Raúl que estaba lleno de gracia, pero que se colmaba saliendo fuera y encontrando nuevas formas y caminos de percibir a Dios. –“*Yo, desde luego, sí que carezco de esa fe, de eso estoy seguro*” – recuerdo que le dije incrédulo y sonriente a mi esposa, cuando el diario aún andaba por la biblioteca, y de esa conversación va para seis años.

El manuscrito cuenta que el padre Raúl conoció a un joven monje llamado Surán en uno de sus últimos viajes, y que, desde el principio, atrajo poderosamente su atención, ya que vio en aquel hombre unas extraordinarias cualidades espirituales que le dejaron fascinado con su fe y su doctrina; sobre todo, por el objetivo común que los dos perseguían: el de buscar el camino de la *Iluminación*, aunque profesasen distintas doctrinas, una cristiana: “Mientras tenéis luz, creed en la luz para estar iluminados” *Jn 12, 36*; y, la otra, budista. Pensamientos: “Estar despierto es aceptarlo todo, no como ley, no como sacrificio ni como esfuerzo, sino por *Iluminación*”.

Con los datos que he leído a pie de página, puedo deducir que el padre Raúl, bien podría haber hallado las respuestas que buscaba en el Japón; entre otras cosas porque, tales réplicas, le irían conduciendo por el camino de la ansiada felicidad o bien como él lo denominaba, “el camino de la salvación del hombre”, ya que –aquí, escribe– “el camino de la salvación..., es individual y puede de estar en cualquier parte”: (“iAh, pues bien lejos se fue!, es lo que pienso, ahora, con cierta ironía”).

Y no dudo que hubiese sido un monje tan especial, ya que Surán despertó un vivo interés errante en el hermano del tatarabuelo de mi mujer, hasta dejar unas anotaciones celosamente guardadas por la familia, que fueron utilizadas como guía espiritual durante décadas, aunque, en mi caso concreto, esta información me haya sido vedada por el simple hecho de que no compartí la fe que el abuelo Andrés y mi mujer siempre han profesado. Luego, ahora entiendo que él custodiase su diario con tanto celo (pasado el tiempo de recién casados), quizás para no dar ocasión a que yo lo leyese, por miedo a las burlas. Supongo que se acentuó esa desconfianza con la última de las muchas discusiones que tuvimos acerca de un Dios que yo no veía por ninguna parte... Desde aquella gran bronca, no se volvió a sacar la cuestión religiosa en la casa: Ignorante de mí, ahora que lo pienso, no debí ser tan severo con sus creencias, pues, con cada una de nuestras disputas, él se iba distanciando de mí y yo mostrándome hacia él más rígido, con evasivas o teorías que a los agnósticos parece que se nos imponen.

No obstante, lo que llama especialmente mi atención sobre el diario religioso, es la forma peculiar que tiene el padre Raúl de presentar las enseñanzas del asceta Surán; referencias escritas a mano, de forma telegráficas; frases sueltas, muchas de ellas –como bien apunté– colocadas al margen de las distintas páginas: "Los buenos pensamientos conducen a las grandes obras, generan luz propia y liberan al hombre, haciéndolo mejor y más feliz..." Y, aquí, encadenaba otra anotación proveniente de Surán, hablando de los caminos contemplativos e iluminativos que nos conducen a Dios: "Dios es amor y el amor nos hace sentirnos plenamente felices".

Observo que no dice cosas opuestas entre ellos: "no comprendo esa aversión del abuelo a ocultar el manuscrito"; podría obtener información suficiente para confeccionar una obra con cierto halo místico. Y, si me animase a escribir sobre el tema, tendría que ser fiel a unas referencias que todavía no han sido sacadas a la luz y que fueron recogidas por el padre Raúl cuando viajaba al norte de Japón. Luego, estos datos, nos hablan de unos años concretos, sobre Surán, un monje que empezaba a ser conocido por su vivo ejemplo y su doctrina, por lo tanto, no era de extrañar que hubiese ejercido buena parte de su influencia en el sacerdote. Y, de aquí, se explica, que en un principio dejara su testimonio en este diario que, más tarde, abandonó para dedicarse a la meditación y entrar en el llamado estado contemplativo o ascético, ya que textualmente escribe: "**Dejo información, correspondiente a un análisis de aquellos tres viajes que tuvieron lugar a lo largo de diez años, concretamente entre el 1815 al 1825, en el norte de Japón, en las montañas de Dowa Sanzan (1), donde se alzaba el templo Dainichi (2) y donde, yo, el padre Raúl, hallé algunas respuestas que buscaba para consolidar mi fe**".

*

De cualquier forma y desde su primer viaje, el tío lejano de mi esposa buscó las distintas formas de lograr la *Iluminación* o conexión con Dios, ya que aparecen unas claras referencias que hacen alusión al hombre que pretende purificarse para alcanzar la gracia divina: la *Iluminación* total o budeidad. (Anotación que recogió el sacerdote sobre las enseñanzas del monje Surán y su doctrina, correspondiendo a un hombre santo que conocía caminos compartidos y rutas inescrutables, tan sólo aptos para los elegidos): "Luego, indirectamente, se está refiriendo a los fundamentos del budismo o el Dharma que hallo, más abajo, anotados en sus escritos de una manera rápida y casi ilegible".

Cuando el padre Raúl escuchó a Surán cómo hablaba y practicaba la meditación, enseguida el sacerdote intuyó que aquel monje budista ya habría pasado por los distintos estados de conciencia, hasta pretender entrar en el más alto y el más profundo de todos ellos: el décimo estado, llamado *Iluminación o nirvana*, que consistía en la realización de las cuatro verdades y que también recogió textualmente;

"1^a.La vida es un sufrimiento. 2^a.La causa de este sufrimiento radica en el hecho de que el hombre desconoce la naturaleza de la realidad. 3^a. Se puede poner fin al sufrimiento si el hombre logra superar su ignorancia e ir más allá de las ataduras mundanas. 4^a. El camino para dar fin al sufrimiento".

El camino para dar fin al sufrimiento, llamada también cuarta verdad, no acababa aquí, según le comentó su amigo el monje, pues, a su vez, consta de ocho etapas que se las dio a conocer al Padre Raúl, y hacían referencia " a tener una adecuada visión de las cosas, buenas intenciones, un correcto modo de expresión, realizar buenas acciones, tener un correcto modo de vida, esforzarse de forma positiva, tener buenos pensamientos y desarrollar la contemplación de un modo adecuado". Estos ocho puntos se dividían en tres categorías y conforman el pilar central del budismo: 'moral, sabiduría y samadi o concentración'.

Luego, Surán, al pretender ir accediendo a estos últimos estados con el propósito de alcanzar la Iluminación, era lógico que pensase hacer como Buda: ir peregrinando por los distintos lugares practicando su fe y su doctrina. En este punto, fue donde el padre Raúl y el asceta Surán se conocie-

ron: intentando recorrer las tres hermosas montañas sagradas de Tsunuoka, llamadas Dewa Sanzan, donde se alzaba el templo Dainichi, al norte de Japón.

Ambos se conocieron cuando estaban observando la afluencia de peregrinos como recorrían las montañas de Dewa, concretamente en el monte Haguro, en la dura ascensión de los 2446 escalones de piedra; allí recobraban sus fuerzas cuando acertaron a mirarse a los ojos... Más tarde, brotaría una sincera amistad entre ellos, junto a la luz de la fe divina. Ni siquiera necesitaban preguntar a qué venían, era evidente que se hacia el circuito para encontrar la paz interior, denominada "Shukobos Renge-Join"; pues, decía la tradición japonesa: "aquel que recorriese las tres montañas de Dewa, con sus treinta y tres cuevas, podía darse por afortunado." Luego, estaba claro que visitaban ese lugar con el propósito de fortalecer su fe, la que cada uno profesaba, a su modo. "Si yo la tuviera, debería sentirla más allá de razas e ideologías, parte que entiendo y comparto con el padre Raúl".

Debieron dialogar animosamente hasta bien entrada la tarde. Pasados unos días, se volvieron a encontrar de nuevo en el templo o "shukubo", perteneciente a un santuario budista, donde se ofrecía comida y alojamiento al peregrino. En aquel lugar sagrado, los dos religiosos siguieron intercambiando su fe, revelando unas incógnitas que aportaron luz y conocimiento al tío lejano de mi mujer, que halló en el Japón.

Pero, llegó el día en que el padre Raúl tenía que regresar a España para continuar con su labor diocesana en Badajoz, a pesar de no haber completado el recorrido de las tres montañas de Dewa Sanza. (Dicho recorrido lo tuvo que posponer y esperar dos años, hasta que pudiese volver al Japón para acabarlo).

*

Suena el teléfono... Es Ana María. Dice que el abuelo no ha mejorado desde que ingresó esta mañana. Mi mujer debe de estar agotada. Será mejor que me haga cargo de él para que ella descance un poco.

En mi reloj compruebo que ya han pasado casi dos horas y, todavía, no me he duchado, pues me he entretenido con la lectura del pequeño manuscrito; aunque, debo de reconocer que me fastidia dejarlo a medias, pues, pensé que me iba a dar tiempo a leerlo; y, por otra parte, es normal satisfacer la innata curiosidad que poseemos los escritores, además del interés familiar, claro está. Por eso, de repente, dejar su lectura a medias y con la intriga, me inquieta bastante... Debería llevarme el manuscrito al hospital, pondré sumo cuidado para que no lo vean: como es pequeño, se camufla perfectamente bajo el brazo. No sé por qué, pero, me da la sensación de que tenemos ingreso para rato con el abuelo.

*

Ana María está descansando en casa, mientras yo me he quedado en la sala de espera, hasta que terminen de preparar la habitación del abuelo: de la UCI lo van a pasar a planta...

Podría utilizar las referencias del manuscrito para mi próximo libro, en el caso de que Andrés me diese licencia para indagar sobre el tema, claro; otra cosa sería que no se recobrase o no quisiese hablar de ello. De cualquier forma, mi intuición me dice que debo esperar; luego aprovecharé para echar otro vistazo al diario, hasta que baje a la cafetería para comprar un bocadillo. En el hospital hago poco; no obstante, mi mujer se queda más tranquila sabiendo que estoy pendiente del viejo, esperando cualquier evolución.

Continuando con la lectura del diario, compruebo que el Padre Raúl, hace referencias al inicio de un segundo viaje, que dio comienzo, concretamente, en el mes de agosto, hacia las montañas paradisiacas de Dewa Sanza, que significa "tres montañas de Dewa". De este segundo viaje, el sacerdote explica que recorrió el monte Haguro, después el monte Gassan y, por último, llegó al Monte Yudono, donde se alzaba el templo Dainichi. En este lugar escuchó hablar de nuevo del famoso asceta Surán, su buen amigo el monje. Le contaron que se hallaba orando, desde hacía varios años, en esa parte baja del Monte, zona en la que algunos ascetas practicaban una especie de ritual sagrado, del cual se decía que 'debían su éxito a la residencia de los dioses o Kami del sector, y a una de las fuentes de esta montaña que poseía poderes místicos, y que, beber de su agua, estaba reservado sólo para los monjes que buscaban convertirse en Sokushinbutsu': Observo, que estas frases las tiene el padre Raúl subrayadas como si se tratase de un acontecimiento trascendental, que en estos momentos no alcanzo a entender.

Sigo pensando que sería esencial saber lo que significa este legado para el abuelo, con el fin de comprender su profundidad. Pero, desde el momento en que se originaron ciertas discusiones,

entre nosotros se forjó una especie de resentimiento; no obstante, tampoco él quiso ponerlo en manos de su nieta; decía que, como el manuscrito era para él algo tan especial, llegado el momento, deberían poseerlo sólo los adentrados en la fe y, por lo tanto, no era de nuestro interés ni tampoco de nuestra incumbencia... Reconozco que, desde entonces, me empezó a picar la curiosidad de saber lo que decía dicho documento, más que por la espiritualidad que hallase en el texto (la cual no comparto), era por obtener el privilegio de sacarlo a la luz y ganar algún dinero extra, pues andamos en tiempos de crisis monetaria e inspirativa... Por tanto, es necesario que se produzca el acercamiento mutuo, así, el hombre se moriría tranquilo y yo obtendré lo que deseo; luego el viejo debería recuperarse cuanto antes, aunque, lo veo difícil, con un diagnóstico tan serio como es la isquemia cerebral.

El texto sigue contando que halló a su amigo en el lugar indicado. Dicho asceta se encontraba orando, cerca de los manantiales del Monte Yudomo y, cuando lo vio, corrió a su encuentro para abrazarlo, pero, al llegar a su lado, el sacerdote, comprobó que Surán, tenía un aspecto bien diferente, pues en estos dos años, que hacía que no lo veía, el monje había cambiado notablemente; no obstante, se dio cuenta de que, aquel rostro que tenía delante, presentaba una serena lucidez y una profundidad de espíritu que no poseía cuando lo conoció, aunque él, no alcanzaba a comprender lo que, quizás, pudiera haberle ocurrido a su amigo el monje, por mucho que lo mirase.

La explicación que le dio el asceta quedó al padre Raúl más confuso: Dijo que estaba siguiendo el ritual sagrado para poder transformarse en Sokushinbutsu(3); luego, le explicó el culto que estaba siguiendo para convertirse y que constaba de tres etapas, comprendidas en unos mil días, cada una de las etapas. Por lo visto, cuando ambos se conocieron –le siguió aclarando Sudán–, él, estaba en medio de la primera etapa (que consistía en alimentarse exclusivamente de frutos secos, raíces..., hallados en la naturaleza) para, luego, pasar a iniciarse en esta segunda etapa y, con ello, “pretender asegurar el sueño de su vida”.

La conclusión más clara a la que había llegado el padre Raúl, era que, su amigo Surán, se quedaría por un tiempo indefinido en aquella zona, ya que intentaba trasformarse en Sokushinbutsu. Pero, antes debía prepararse y hacer como algunos monjes: utilizar esas aguas concretas con el fin de elaborar un té específico, hecho con la savia de un árbol llamado *urushi* para cumplir con su misión, en la vida.

¡Esto me parece surrealista! ¿Qué tiene que ver el agua con la fe? Empiezo a entender al abuelo y su oposición a que yo leyese este manuscrito: simplemente porque no estoy preparado, y ni falta que hace!

Me siento cansado y de mal humor. Esta lectura me está superando: me ha llevado más tiempo del que debiera y, encima, me está generando desasosiego en el estómago; uno tiene que tener un tiempo para calmarse. Pronto será la hora de la cena y no tengo ni hambre. Cogeré el bocadillo y me lo llevaré a la habitación ¡Llevo un diáta...!: Es que soy de los que no se puede entrar nada en el estómago si no se relajan antes. Esta situación hay que llevarla con paciencia, porque el enfermo puede empeorar e incluso llegar a estar más grave; por eso, lejos de agobiarme, me vendría bien indagar sobre algunos datos del diario que tanto he ansiado poseer, pero, he de tomarme las cosas con más filosofía, con el fin de llegar al fondo de unas cuestiones que no domino y que me cuesta bastante entender.

Las continuas discusiones entre el abuelo de mi mujer y yo hicieron mella en nuestra amistad, he de reconocerlo; me he ido dando cuenta de ello a medida que ha ido pasando el tiempo. Recuerdo aquella riña infernal que Andrés y yo tuvimos y que fue la causante de nuestra primera desunión, pues, desde entonces, él dejó de hacer referencias al manuscrito, y tampoco sacó comentario alguno con Ana María. Aquel distanciamiento se originó en mi primer año de casado y van para siete. Lo recuerdo perfectamente porque dejó de hablarme del tema religioso y el diario desapareció de su lugar. Luego está claro que, el viejo, no quería que lo sacara a la luz, quizás para no dejarlo en manos de un escritor agnóstico, como yo, que lo pudiera interpretar erróneamente y banalizar unas experiencias guardadas durante generaciones... y, tampoco, a mi esposa le debe gustar que coja el manuscrito en vida del abuelo, para evitar que se pueda molestar conmigo.

Abriré el ológrafo que transporto y oculto bajo el brazo, e intentaré comprender cómo Surán intentó convertirse en Sokushinbutsu: “¿Eso no es una leyenda? Porque se dicen cosas que, luego sean ciertas o no, habría que investigar”. Nada más tener ese pensamiento compruebo que viene una explicación más abajo detallada.

Aquí hay un comentario, apuntado en el margen derecho del diario, que dice: “Con la savia de ese preciso árbol, denominado también *árbol de la laca*, los monjes iniciaban su segunda etapa con el fin de lograr una deseada transformación; fase, en la cual, ellos introducían la elaboración de un té específico, altamente venenoso, que tenía la propiedad de provocar la deshidratación en el organismo, hasta el punto de dejarlo escuálido; de esa forma, cuando el monje falleciese evitaría que los bichos, incluido gusanos, escarabajos, etc., no se alimentasen de su cuerpo”: (“Pero, y después de muerto ¡qué importancia tiene que se le coman los bichos?!... ¡No entiendo nada!... Supongo que vendrá de un momento a otra mi esposa. Debo de leer más deprisa, si no quiero quedarme con la duda.”)

El manuscrito continúa diciendo que en el tiempo que le quedaba para regresar a España, el padre Raúl, se dedicó a observar cómo el asceta Surán, se sometía a largas horas de oración y cánticos (que los monjes llamaban *mantras*) y, de qué manera, luego, proseguían los vómitos, las abundantes sudaciones y micciones, hasta ir entrando en un progresivo estado de debilidad profunda...

No me cabe duda que todo esto tiene que tener una explicación que no acabo de entender: "¿Por qué →el padre Raúl– no interrumpió semejante comportamiento, viendo lo que estaba haciendo el monje Surán con su persona?"

Más abajo viene otra referencia donde explica que durante los ocho o diez días, que le quedaban para concluir su tiempo de descanso en el Japón, el padre Raúl procuró no interrumpir en los *mantras*, además de tomar unas anotaciones que fueron lo más fidedignas posible: ("¡Ya!, y de claro ejemplo está el manuscrito, que más tarde utilizaría como prueba de reflexión y hasta de guía... Pero, icómo nos complicamos la vida! Esta lectura me está alterando el organismo! ¡Maldita la hora que me puse a leer esta historia!" Voy a tomarme una manzanilla, para sentar el cuerpo; de paso cogeré un bocadillo y veré si me lo puedo comer más tarde".)

*

Volvía de la cafetería y acababa de entrar en la sala de espera cuando llamaban a los familiares de Andrés García Sánchez para que pasásemos a la tercera planta; pero, antes de subir, estuve hablando con uno de los médicos de la UCI que había atendido al abuelo. Me dijo que Andrés padecía una isquemia cerebral en la que estaban involucradas importantes áreas del cerebro, encargadas de regular las funciones como la respiración, la frecuencia cardíaca y el metabolismo; e incluso hizo un último comentario que me alertó bastante, con respecto a la situación en la cual se hallaba. Dijo que la isquemia le podría conducir al coma, al estado vegetativo e incluso la muerte si no mejoraba.

No he dudado en avisar a mi mujer por teléfono cuando iba por el largo pasillo y subía a planta para estar con el abuelo el mayor tiempo que fuera posible; a continuación me he dirigido a la habitación y, al entrar, he visto que le habían trasladado a un cuarto lleno de aparatos. Andrés se encontraba despierto, postrado en la cama esperándonos como un pajarillo desvalido. Al presentarme sin mi esposa, él me ha mirado fijamente a los ojos, por eso he intuido que me preguntaba por Ana María y porque la buscaba por todas partes... Le he contestado que venía de camino, que no se preocupase de nada, que yo le atendería hasta que ella llegase. El abuelo ha hecho un ademán de amargura, ha buscado mi calor humano con la mirada confusa; entonces me he acercado a su cama: estaba rígido, desasosegado...; fue al tomar sus escuálidas manos entre las mías, cuando se me ha resbalado el bocadillo, seguido del manuscrito, yendo a parar en lo alto de su almohada y yo ha reconocido! En ese crítico instante me he sentido como un auténtico canalla. Entonces, me he visto con la obligación moral de pedirle perdón por haber invadido su intimidad... Luego, me he sentado a su lado, hasta acariciar su mermado rostro y, por primera vez, los dos hemos conseguido estar en paz y armonía. No sé cuánto duró esa íntima confesión: él mirándome a los ojos y yo pidiéndole clemencia.

Pasado ese momento fraternal el abuelo me ha mirado con gravedad extrema y, a pesar de su frágil lucidez, ha comenzado a balbucir frases inconexas con dificultad... Solamente, he podido entender, tras hacer →por ambas partes– un gran esfuerzo, la palabra *Iluminación*; luego, me ha parecido verlo asentir, para irse desvaneciendo poco a poco hasta entrar en un estado comatoso... Al instante llega mi mujer, cuando él apenas nos conocía y yo permanecía confuso, postrado junto a su cama, pulsando insistente el botón de llamada, colgado en la pared de su cabecera.

Fueron semanas duras para todos nosotros, hasta desembocar en lo irremediable.

Durante el sepelio me estuve preguntando si la respuesta, que me dio Andrés, era la que yo andaba buscando; la que me había negado a comprender, incluso desde el inicio de las discusiones que tuvimos en casa y que fue el motivo de separación durante todos estos años; aquella que, desde el principio, había leído en el manuscrito; esa palabra que costó al abuelo pronunciar en sus agonías y que yo me esforcé por escuchar y todavía me esfuerzo por entender su profundo significado, aún después de haber consultado y haber sido orientado pacientemente por mi esposa (una mujer creyente en la fe que su abuelo profesaba).

De modo que, para liberarme de mi testarudez busqué el significado de la palabra *Iluminación*; entonces, compruebo que es una experiencia que se manifiesta en paz, amor, felicidad o conexión con el Universo... Por eso es fácil deducir en el manuscrito, que la búsqueda de la *Iluminación*, entre otras cosas, era uno de los vínculos de unión entre padre Raúl y el asceta Surán.

Continúo con la lectura, mientras voy recordando que el texto del diario, gira hacia la *Iluminación* espiritual, que en su amplio sentido significa: <<sabiduría, entendimiento, acompañado de una sensación de plenitud>> y, ya puestos a deducir, en el budismo se lo llama Nirvana o "no-retorno" que significa <<cese (del sufrimiento)>>.

En el diario del padre Raúl está muy claro que Surán quería convertirse en Buda, que significa "aquel que ha logrado un completo despertar"; luego, el sacerdote, en sus tres viajes a Japón, también ansiaba descubrir su propio camino, investigando en la fe de otros, para luego terminar sus días aislado.

Y así comienzo a percibir cómo el tío Raúl logró su ansiada transformación, sin profesar la fe del asceta Surán. Primero, escribiendo todas las observaciones que pudo sobre su amigo, (en el manuscrito que tengo en mis manos) para, más tarde, convertirse en anacoreta: un cenobita alejado de la civilización, dedicado plenamente a la oración y a la penitencia... "¡Cuántos conocimientos perdidos! ¿Por qué, el abuelo, no se plantearía contármelo sin intentar convencerme de nada, simplemente a través de Ana María, con paciencia y sin riñas?" Esta pregunta se la hice a mi esposa, una vez que nos recuperamos de la pérdida de su abuelo. Ella, me contestó, diciendo que Andrés se había cansado de intentarlo de todas las formas posibles y, también, que dejó de insistir porque no quería que hubiese más presión entre nosotros; *en cualquier caso, nunca es tarde si la Iluminación llega*, —añadió mi mujer sonriendo—. Luego, al comentarle qué había pospuesto la lectura del diario porque no entendía ciertas cosas que me inquietaban, ella, me adelantó, diciendo que, si no había comprendido bien desde el principio, tendría que esforzarme para discernir el final de aquella singular historia.

Entonces fue cuando me dispuse a terminar de leer el diario, por simple y pura cabezonería; pues, antes, no había tenido lugar ni ánimo para esforzarme por entender el mensaje global que tenía entre mis manos e ir haciendo investigaciones sobre aquellas notas puntuales que venían puestas al margen.

En el diario leo que en el 1818 el padre Raúl regresó a España para proseguir con su misión religiosa; luego, hasta que no pasaron algo más de siete años, el sacerdote no volvería a Japón, por tercera y última vez. Llegada la fecha, concretamente en el año 1825, se dirigió directo al templo Dainichi (al norte del país) y, allí, preguntó por su amigo el asceta Surán.

Cuando llegó al templo Dainichi, los monjes le informaron con todo detalle, diciendo que, tras obtener el estatus de deidad Buda en 1825, ese mismo año, el gran asceta Surán había sido trasladado al templo Kaikōji, ubicado en la región Sakata, muy cerca de los monjes ascéticos Chukai y Enmyokai.

Aquello fue para el padre Raúl un final esperado, al enterarse cómo consiguió su amigo el gran sueño de su vida, tras haber logrado transformarse en Sokushinbutsu (literalmente significa convertirse en buda estando vivo).

Por eso, al sacerdote no le cupo duda alguna de que su amigo debió haber completado con gran éxito la tercera y última fase. En esta etapa —el asceta— ya se halla severamente debilitado y, siguiendo literalmente su tradición, es cuando a Surán se le construye un refugio subterráneo, con cavidad suficiente para poder entrar su ataúd. Más tarde, tras colocarlo en *posición de loto*(4), además de continuar con la meditación y *mantras*, llevar, a la vez, una concreta alimentación basada en raíces y cortezas de pino, los monjes se dispusieron a enterrarlo, de tal modo, que Surán, continuó todo el tiempo que le restaba de vida metido dentro del ataúd y respirando por medio de un tubo de bambú. Además del tubo, se le dio una campana, que él tocaba una vez al día, hasta que le llegó la hora de su muerte (con lo cual, la campana dejó de sonar).

Una vez que la campana no fue escuchada, aquellos monjes encargados de atender a Surán, sepultaron al ascético por completo y esperaron mil días más para desenterrarlo y, como vieron que el ritual se había realizado correctamente, porque el cuerpo del asceta quedó incorrupto y momificado de forma natural, también dispusieron que su cuerpo pasase a ser trasladado y adorado en el templo Kaikōji, junto a los otros monjes ascéticos llamados Chukai y Enmyokai, (que murieron en los años 1755 y 1822 respectivamente) y, desde entonces, todos ellos, permanecían sentados en dirección de la sagrada montaña de Dewa Sanzan.

("¡No puedo creerlo! Impresionante la historia de este diario espiritual; luego, de ella se deduce el porqué, el padre Raúl, le dio el título de *Viaje a la eternidad*.") Lo menos que podría hacer, si decidiese escribir sobre el tema, es adoptar su nombre original y ponerlo a la memoria del abuelo Andrés, porque ahora sé que a él le hubiese gustado ver la historia de la familia impresa; tener mi libro publicado entre sus manos y dedicado personalmente a él... Comprendo el afán de sus muchas discusiones para hacerme entender su mensaje, pues él, no quería entregar la custodia de su diario familiar y religioso a un escritor agnóstico como yo; pero, al negarme a compartir su fe, al abuelo, se le esfumaron todas las esperanzas de lograrlo y fue cuando él decidió guardarlo bajo llave, para luego entregarlo a alguien que lo valorase.

Al fin he comprendido, cuando ya no hay remedio y aún sigo sin compartir la fe. Aunque ya descubriendo que lo mío es escribir historias, pensamientos, costumbres... pero, también, me angustia no ver más allá de lo visible, cómo otras personas tienen esa capacidad. Y eso, lo supo el abuelo Andrés, incluso antes que yo, y, por ello, no siguió insistiendo. Me apena no habernos entendido hasta el final; aunque con esta enriquecedora experiencia sí que he aprendido que el amor es universal, por mucho que los humanos difiramos en las creencias, en razas o costumbres.

Los últimos datos del diario rebelan que el tío lejano no regresó jamás a Japón, pues, las diferentes misiones: del asceta Surán y del padre Raúl, no habían hecho nada más que empezar: cada uno a su modo y en su fe, debían proseguir con el camino de la **Iluminación**.

Y, curiosamente, hasta el final no he descubierto que mi camino como escritor, era otro de los muchos senderos iluminados o inspirados que hay en la vida; otra postura, otra opción, e incluso otra mirada; un trayecto que pretende sacar a la luz este mensaje: *Viaje a la eternidad*.

NOTAS AL PIE

- (1) "Dewa Sanzan" son las tres montañas sagradas de Dewa, conocido en japonés como " Dewa Sanzan ".
- (2) "Templo Dainichi" cuarto templo del peregrinaje de los 88 templos de Shikoku. Ubicado dentro de las montañas de Dewa Sanzan.
- (3) "Sokushinbutsu" literalmente significa consecución de la budeidad en vida.
- (4) "Posición de loto" es una postura sentada con las piernas cruzadas: cada pie ubicado encima del muslo opuesto. En el hinduismo y el budismo está relacionada con la práctica de la meditación.
- (5) En Japón. Una Shingon monje decidió que la mejor manera de acabar con esta hambre era enterrarse vivo. Todo comenzó hace cientos de años, en el 1700 hubo una hambruna terrible. Así que el monje se enterró vivo, y la hambruna llegó a su fin. Tres años más tarde, sus compañeros monjes desenterraron su cuerpo y encontraron que había sido momificado. Estos monjes consideraron que... podrían mejorar el proceso de momificación.